

lier, Nimes y Beziers, habían abrazado el partido de la Reforma. El vizconde de Joyeuse, que mandaba en aquella provincia en nombre del Condestable, puso sitio á Montpellier, y los católicos provenzales, con sus auxiliares españoles é italianos, acudieron en su auxilio, pero fueron sorprendidos y arrojados al Ródano en Saint-Gilles (27 de septiembre). Esta victoria obligó á Joyeuse á retroceder hasta Pezenas y consolidó la situación del partido protestante en la provincia. En el Alto Langüedoc y en Guiena, apenas se supo que Condé se había levantado en armas, declaráronse en favor suyo Montaubán, Lectoure, Castres y Agén; en cambio Tolosa quedó en poder de los católicos después de una batalla furiosa de cuatro días en las calles y alrededor de las Casas Consistoriales y de los tres colegios en donde se habían hecho fuertes los protestantes (12-16 de mayo de 1562).

En Burdeos, los reformados no pudieron apoderarse del Castillo Trompette que dominaba la ciudad (25 de junio). Monluc «tomó por terror» Nerac y Castel-Jaloux, y reforzado por un millar de españoles que Felipe II enviaba á Carlos IX, hizo capitular la ciudad de Lectoure (2 de octubre). Durás, jefe de los reformados de Guiena, se retiraba para refugiarse en Orleáns, pero Monluc le sorprendió en Verg (cerca de Perigueux), matándole 1.400 hombres y apoderándose de su artillería (9 de octubre de 1562). Uno de los lugartenientes de Condé, La Rochefoucauld, que tenía puesto sitio á Saint-Jean-d'Angely, recogió á los fugitivos y con 6.000 ó 7.000 hombres se dirigió á Orleáns, en donde, llamados por Condé, habían de concentrarse los reformados de Francia y los auxiliares que d'Anselot había ido á buscar en Alemania.

Las operaciones de los triunviros tenían por objetivo Orleáns, la capital de la Reforma, pero antes de atacarla querían aislarla, á cual efecto emprendieron la ocupación de sus inmediaciones mientras sus lugartenientes cuidaban de cerrar el camino á los socorros procedentes de Francia y del extranjero. Para ello pasaron el Loira y se dirigieron á Bourges, plaza que aseguraba á Orleáns las comunicaciones con el Mediodía. Juan de Hangest, señor de Ivoy, consintió en celebrar una entrevista con la reina madre y se dejó imponer una capitulación honrosa para sus tropas, pero desastrosa para su partido (31 de agosto).

En el entretanto, Tavannes, lugarteniente general del rey en Borgoña, había desalojado de Chalón al capitán hugonote Mombrún que acababa de entrar en ella con sus tropas delfinas y provenzales (31 de mayo), y algún tiempo después tomó por sorpresa Macón, rechazó á 6.000 suizos protestantes, obligándoles á refugiarse en Lyon, y ocupó todo el valle del Saona. Al otro extremo del reino, Saint-André se había apoderado de Poitiers (1.º de agosto). Parecía, pues, que el ejército real, dueño de Bourges y protegido en sus dos alas, no tenía más que marchar sobre Orleáns; pero los acontecimientos de Normandía impidieron que tal propósito se realizase.

Los protestantes, apenas se hubieron alzado en armas, enviaron una diputación á la reina Isabel de Inglaterra, invocando la comunidad de religión y el interés de Cristo, y suplicándole «con toda humildad y penosa lamentación á lágrima viva,» que se encargase

de la defensa de la Iglesia. Isabel no vió en los disturbios de Francia más que una ocasión para firmar un tratado ventajoso: obligada, á su advenimiento al trono, á ratificar el tratado de Cateau-Cambresis, por el cual Calais había sido cedida á Francia por ocho años, habíase jurado recobrar esa ciudad lo antes posible. Los embajadores de Condé, La Haye y Juan de Ferrerres, vidamo de Chartres, hubieron de aceptar las condiciones que la reina les impuso en su castillo de Hampton-Court (20 de septiembre de 1562), por las cuales ella daría 100.000 coronas y Condé le entregaría el Havre, plaza en la cual se quedaría de guarnición la mitad de los 6.000 hombres de socorro que enviaría á Francia y que constituiría una prenda que ella devolvería á Condé en cuanto éste le entregase Calais. En Cateau-Cambresis (1559) se había convenido que Calais no sería restituida á Inglaterra hasta pasados ocho años de ocupación francesa; pero Condé no podría prevalerse de esta cláusula y habría de restituir Calais, á cambio del Havre, sin esperar la expiración del plazo fijado en el tratado.

Condé y Coligny ratificaron sin reservas aquel pacto; pero más adelante dijeron que habían ignorado ó interpretado mal la cláusula relativa á Calais, pues únicamente habían garantizado la restitución de esta ciudad á Inglaterra en los plazos determinados en el tratado de Cateau-Cambresis, sin haberse imaginado jamás que Isabel conservaría en su poder el Havre hasta que aquella plaza le fuese devuelta. Aunque inverosímil, es posible que aquellos dos militares, en medio de las preocupaciones de la lucha, aceptaran las condiciones del convenio sin fijarse mucho en ellas.

Coligny y Condé se declaraban «desgraciados é infames» si hubiesen pensado en mutilar el reino; pero se consideraban con derecho á recurrir al extranjero. Los católicos les acusaban de traición, mas ellos no se creían tan culpables: si los Guisa, en los comienzos de la guerra, habían pedido el auxilio de Felipe II, ¿por qué los protestantes no habían de demandar ayuda á los alemanes y á los ingleses, aliados de nuestros reyes (1)?

Sin embargo, un partido no tiene los mismos derechos que el gobierno constituido: éste puede, á cambio de dinero ó bajo promesa de reciprocidad, pedir soldados á los demás Estados; al paso que una minoría sublevada se ve en la necesidad, para procurarse recursos del exterior, de dar prendas, de entregar ciudades. Coligny y Condé habían creído que Alemania é Inglaterra les ayudarían por el amor del Cristo; pero si los lansquenets y los raitres se contentaban con un sueldo, Isabel facilitaba hombres y dinero, no, como decía su manifiesto, por la conservación de la sangre de los cristianos, sino para gran provecho de Inglaterra.

Los protestantes negaban que fueran rebeldes y declaraban que se alzaban en armas contra los malos consejeros del rey y en interés del rey mismo, para liberarlo. Esta ficción del rey prisionero ó mal acompañado era una pobre excusa; en realidad, no tenían otra que el interés religioso, y por consiguiente hubieran debido proclamar que la causa de Dios estaba por encima de

(1) Respecto de los sentimientos que á la nación católica inspiraban las relaciones de los hugonotes con el extranjero, véase Perdrizet, *Ronsard et la Réforme*, 1902, pág. 90 y sig.

todos los deberes y grandezas de este mundo. Pero esta explicación de su conducta no habría dado una idea exacta de sus sentimientos: cristianos ardientes y súbditos leales, luchaban entre tendencias contradictorias; habrían querido servir á Dios sin faltar al rey ni al reino, y se esforzaban en demostrar que se rebelaban sin ser rebeldes y que entregaban el Havre á Isabel sin dejar de ser buenos franceses. El patriotismo celoso y exclusivo de las nacionalidades modernas es una pasión que se ha desarrollado á costa de otras muchas. En el siglo XVI, la religión creaba una especie de patria más grande que la patria terrena y dentro de ella sentíanse hermanos por la fe, hombres de raza y de nacionalidad diferentes: ¡qué tiene, pues, de extraño que estos hombres hayan perdido alguna vez de vista la línea de demarcación de las fronteras! Los católicos que acusaban á los hugonotes no sintieron el menor escrúpulo en pedir la ayuda de los españoles contra el muy católico Enrique III y contra Enrique IV, cuando creyeron que la religión estaba amenazada.

Los triunviros, noticiosos de las negociaciones con Inglaterra, resolvieron arrebatar de nuevo Ruán á los reformados antes de que desembarcaran los ingleses (septiembre de 1562). Era gobernador de aquella plaza Montmorency, y el fuerte de Santa Catalina, construído en la costa brava que domina la ciudad, constituía la llave de la posición; los católicos se apoderaron de este fuerte después de un furioso asalto y desde él veían la población «por la muralla, por el culo y por la cabeza,» siendo, por consiguiente, expuesto «estar en la muralla no diré yo para combatir, pero ni siquiera tumbado sobre el vientre para esconderse.» El duque de Guisa y Antonio de Borbón bajaban á las trincheras y la misma Catalina desafiaba los «cañonazos y descargas de arcabuz sin preocuparse de ello poco ni mucho,» y sin contestar á las observaciones que le dirigían el condestable y el duque de Guisa, á quienes preguntaba «por qué había de guardarse ella más que ellos se guardaban.» El 15 de octubre, Antonio de Borbón mandó poner su mesa á pocos metros de la muralla, detrás de una pared que el enemigo batía con sus tiros, y saliendo de la línea de abrigo mostróse al descubierto y recibió en seguida una descarga de arcabuces «encima del hombro... sufriendo una herida de arriba abajo.» El duque de Guisa fué alcanzado en un brazo por un casco de piedra.

Encargóse entonces del mando el condestable. Catalina, con objeto de evitar que fuese saqueada una ciudad tan rica y tan hermosa, quería llegar á una avenencia con los sitiados, á cual efecto les prometió respetar sus vidas y otorgarles la libertad de conciencia y una amnistía general, condiciones que el Consejo de la ciudad rechazó. Las minas practicadas debajo de las murallas habían ensanchado las brechas. El 26, las tropas dieron el asalto, y los hidalgos, los hombres de armas y las compañías de gentes de á pie y los alemanes de Rhingrave consiguieron, con pérdidas enormes, entrar en el recinto amurallado; mas apenas hubieron penetrado en las calles se entregaron á sus hazañas ordinarias, el asesinato, el robo, la violación y el saqueo, durando aquellos horrores tres días. Casi todos los capitanes protestantes habían muerto; Montmorency logró embarcarse en una galera y bajó el Sena; y al llegar á

la estacada de Caudebec los galeotes, á quienes se había prometido la libertad, pusieron á remar con furioso impulso y rompiendo la cadena se abrieron paso hacia alta mar.

Los médicos que asistían á Antonio de Borbón no habían podido extraerle la bala; esto no obstante, quiso el herido entrar en aquella plaza que le costaba la vida y moribundo fué paseado por la ciudad en una litera que en hombros conducían los soldados. Después se hizo llevar en barca hasta los Andelys, en donde murió convertido, según se dice, á las doctrinas de la Confesión de Augsburgo (17 de noviembre).

En el entretanto, los hugonotes de Orleáns, reforzados por 3.300 raitres y 4.000 lansquenets traídos por d'Anselot de las fronteras de la Lorena, estaban en condiciones de entrar en campaña. Ocurrióseles á sus jefes la idea de dirigirse á París, anticipándose al ejército real; pero se entretuvieron tomando Etampes, la Ferté-Alais, Dourdán y Monthery y tiroteando las murallas de Corbeil, con lo que dieron tiempo á que llegara el duque de Guisa, y entonces se encaminaron á Normandía para salir al encuentro de los socorros que les enviaba Inglaterra. Dificultada su marcha por el sinnúmero de carros cargados de botín de los raitres, el condestable se les adelantó y les cerró el paso delante de Dreux.

Llevaba éste 14.000 hombres de á pie, 22 cañones y 2.000 caballos; Condé sólo podía oponerle 8.000 infantes, pero se iba á batir en terreno llano y disponía de 5.000 jinetes. Montmorency puso en el ala derecha á las tropas veteranas francesas y á 2.000 españoles que acababan de juntarse; en el centro, el gran batallón de los 6.000 suizos; y á la izquierda, fuerzas de á pie francesas y bretonas, llenando los intervalos varios cuerpos de caballería. En cuanto á él situóse con las compañías de ordenanza entre los suizos y las fuerzas de á pie. El mariscal de Saint-André mandaba el ala derecha, y el duque de Guisa, que había declinado todo mando, permanecía con sus hidalgos cerca de las tropas veteranas francesas. Condé había puesto en primera línea á toda su caballería; la infantería y algunas compañías de raitres formaban la reserva. No hubo escaramuzas, sino que Condé, después de algunos cañonazos, se arrojó con sus lanceros franceses contra los suizos abriendo en las filas de éstos varias brechas por las cuales penetraron en pos de él los raitres que con sus pistolas hicieron gran carnicería. Coligny atacó el cuerpo del condestable, cuyos jinetes huyeron; Montmorency resistió con su caballería el choque, pero fué herido y hecho prisionero.

Viendo que los suizos, aunque «quebrantados por tantas cargas,» no habían retrocedido, los lansquenets protestantes avanzaron para acabar con ellos; pero los montañeses, que detestaban á esos mercenarios, sus rivales de profesión y sus competidores en los grandes mercados de hombres, «se adelantaron treinta ó cuarenta pasos para salirles al encuentro, con los ojos encendidos de furor y los rostros cubiertos de sangre y de polvo.» Los alemanes huyeron y todos los cuerpos del ejército protestante sufrieron uno tras otro la acometida de aquellos «erizos,» hasta que al fin, después de dos cargas de raitres y de gendarmes, los suizos, que habían perdido á casi todos sus capitanes, se decidie-



